

## Cuestiones Agrícolas

A pesar de que la crisis por que atraviesan todas las clases sociales y en especial la obrera, debía impulsar a esta a buscar en los campos facilidades de trabajo, el éxodo no se produce, y los agricultores siguen quejándose, como siempre, de la falta de brazos para el cultivo de la tierra.

El hecho que aquí se observa es, desgraciadamente, un hecho de carácter mundial, al cual están sujetos aún los países poblados de Europa, que ven sus campos relativamente desprovistos de obreros, al paso que los de las ciudades, empeñados en la más ruda competencia, se ven obligados a emigrar en busca del trabajo, que les falta.

El aumento de la maquinaria agrícola y el abandono de los sistemas de cultivo que requieren un cuidado inmediato del hombre, han sido de las pocas defensas que han opuesto los agricultores al despueblo de sus tierras. Y si la primera ha contribuido notablemente al abaratamiento de la explotación, la segunda ha dado efectos contrarios, disminuyendo el valor productivo de la tierra.

Así ha pasado, en algunas regiones del Este de Francia, en que la pastería ocupa ahora los terrenos que antes se dedicaban al cultivo de cereales.

Y, así también como lo observa el agrónomo Mistier, la maquinaria llevada al campo por la falta de obreros, ha contribuido a la emigración de los obreros que quedaban, al abaratar la mano de obra.

Pero esta emigración ha tenido su repercusión en el valor de los terrenos. En un libro publicado últimamente por M. Souchon y que lleva los títulos "La crisis de la mano de obra agrícola en Francia", después de una estadística detallada de la diferencia de valor experimentada por las propiedades raíces entre los años 1879 y 1908, llega a la comprobación de esta relación constante entre el valor del terreno y el número de obreros con que se cuenta para su cultivo.

De esos datos estadísticos aparece que a una proporción de 8 xx trabajadores por cada 100 hectáreas en el Oeste de Francia, corresponde en el Este una de 2 trabajadores en la misma extensión de cultivos.

Pues bien, el valor de arriendo se ha mantenido y aún ha crecido en un 2% en los lugares bien poblados, y en cambio ha bajado de 42 a 29 francos por hectárea en las regiones de escasa población obrera.

¿Como oponerse a este descenso? Esta misma pregunta es la que se hace M. Souchon, en vista de las desconsoladoras cifras a que en sus cálculos arriba. Y después de un detallado estudio de las diversas condiciones de vida entre el campo y la ciudad, del mayor ascenso relativo de los salarios en esta última etc., llega a la conclusión de que el abandono de los campos obedece a causas morales, contra las cuales puede algo al Estado, pero mucho más los particulares.

El Estado puede aliviar la condición de trabajo fijando el número de horas, reglamentando el salario, y equiparando la condición de los obreros a los de los que trabajan en los centros industriales; pero su fiscalización, sobre ser muy costosa y requerir un vasto personal de inspectores, es sumamente difícil.

La labor de los patrones puede extenderse, en cambio, sin esos tropiezos, y llegar a dar alicientes a la vida rural proporcionando a los trabajadores casas con cierto confort y cierta higiene, aligerando por medio de turnos los trabajos que deben hacerse en Domingo, etc.

Y termina invitando a los agricultores a esperar todo de su propia acción y poquísima de la del Estado.

Algunas de estas observaciones, tengan, talvez, más aplicación de la que a primera vista parece, en los campos del país, donde empieza a diseñarse desde hace bastante tiempo un mal que preocupa seriamente a los estadistas extranjeros, cuya experiencia podría irse aplicando desde luego.

Mientras menos arraigado está el mal más fácil es extinguirlo.